



gloria guardia

**TINIEBLA
BLANCA**

TINIEBLA BLANCA

GLORIA GUARDIA

TINIEBLA BLANCA



LIBRERIA CULTURAL PANAMEÑA, S. A.
P A N A M A

Depósito Legal: M. 30-715 - 1972

EDIME ORG. GRAFICA, S. A.-P.º de los Olivos, 89-MADRID-11

*A mis padres, abuelita
y hermana Olga.*

“Ya nada me rodea.

No. Que nadie se acerque.

Ya nadie me recobra con un nombre que tuve

—Una extraña palabra tan variable y vana—

ahora, cuando a solas con la tierra, en idéntico anhelo,
la luz nos va envolviendo como a lentos amantes cuyos labios
no consigue borrar ni la insaciable tiniebla de la muerte.”

OLGA OROZCO:

“A solas con la tierra”

Breves líneas

Siempre, eternamente, el azar mantiene vivo y caluroso lo extraño de sus designios. Y por esa senda iluminada por las antorchas del encuentro imprevisto, el caso ha sido que, cuando menos lo esperaba, he tropezado en estos "Madriles" plenos de castellanías, la silueta ágil, inquieta y nerviosa de una mujer joven a cuyos nobles antecesores me unieran, en época pretérita, sinceros lazos de amistad. Simpática, como su progenitora, todo donaire y distinción, supe pronto por el recuento familiar de los generosos afanes cumplidos por la dama, quien antes de allegarse a los dieciocho años de edad se había señalado, por mérito y capacidad mental, entre los más sobresalientes alumnos de esa institución estadounidense, continentalmente conocida como el "Vassar College". Una Universidad femenina, enclavada justamente sobre el río Hudson. Allí quedó inscrita Gloria Guardia-Zeledón, para ventura de sus compañeras, las cuales pudieron rápidamente apreciar las dotes intelectuales, de singular alcurnia, aptas para transformar, como aconteció, en unión de otra compañera, a la

publicación interna del "departamento de castellano" en una revista de vastas y dilatadas proporciones.

Y es que Gloria Guardia, nacida en Panamá —hispanoamericana totalmente—, lleva compenetrada a su entusiasta juventud, aquel secreto de las grandes iniciativas que, según la leyenda oceanográfica, se forja en el encrespado y espumoso encaje proveniente de las azulosas aguas de nuestro mar Caribe. Ese mar poetizado por la crónica, lírico y sentimental en ocasiones, y épicamente ardoroso, cuando en otras circunstancias se convierte en altivo baluarte de la heroicidad sin par.

Pronto (así lo recoge un comentario escrito) Gloria Guardia, a pesar de las muchas horas prodigadas en el estudio de letras y filosofía superior, tiene alientos suficientes —al romper la tradición escolar— para redactar una novela de ambiente universitario. Y frente a dicha primicia literaria, también por voluntad del destino, me encuentro hoy verificando con curiosidad sus bien hilvanadas páginas. Y, ante todo, me sorprende la facilidad narrativa.

Gloria Guardia pasa de un tema a otro —bien histórico, costumbrista o sociológico— con pasmosa agilidad. En ningún instante la joven novelista pierde el justo sentido de la proporción estética. El lector, dentro del campo de la ficción equilibrada, no puede sorprender —por no existir— lentitud y cansancio. Y tampoco esas oscuridades tan frecuen-

tes en autores que no aciertan a transmitir sus ideas y sensaciones sino entre sombras "opacas". Pero en Gloria Guardia todo es luz y energía temperamental. Y cuando en sus "recuerdos y apreciaciones noveladas" el episodio ofrecido a la curiosidad del lector —por intransigencia del realismo— parece obligado a envolverse en sombras ofuscantes, entonces, grácilmente, la novelista logra iluminar las escenas con la luciérnaga típicamente vernácula de su pensamiento. Y gracias a esa luminosidad en la prosa, los capítulos de "Tiniebla blanca" (tal el título de la novela) resultan policromados y calurosos.

Igualmente, en "Tiniebla blanca" existen normas pedagógicas de altos significados imaginativos. El diálogo se halla encuadrado dentro de la sencillez y un afán de ser verídico en el relato. Sabe muy bien Gloria Guardia-Zeledón, al juzgar los problemas y deficiencias universitarias, cómo a lo magistral se llega —cuando se llega— por la angosta puerta del aprendizaje. La aridez de las leyes escolares, por otra parte, aparece simultáneamente comentada y criticada con un franco espíritu de obtener, al utilizar las sutilezas de la ironía, una redención o rectificación ventajosa y humana. Humanidad acusan así las fuerzas vitales que integran el relato. Humanidad en la elaboración de personajes y ambientes. Esos personajes —insertos en el proletariado espiritual— que asoman lo presun-

tuoso de su arrogancia y fatuidad, donde la convivencia social no logra nunca el saber tolerar para hacerse, como retribución, comprender y apreciar debidamente. Y es que las relaciones de los mortales, hoy como ayer, se han fundido, muchas veces, en los proclives y tenebrosos hornos del Averno, en los cuales no se cansa de crepitar el fuego interior inextinguible y furioso de la tierra. ¡Siempre muñecos de cartón y trapo, hasta en los reductos reservados al pensamiento y al arte! Siempre la pueril pretensión de no saberse orgullosos y perversos y juzgar, egolátricamente, que en sus viscosas reacciones anímicas prevalece el egoísmo de Azazel por encima de las sublimes ejecutorias de su Celeste Rival, es decir, el victorioso espíritu que animó en cualquier instante al Santo de Asís.

De allí el que la mayoría de los personajes que integran la tesis, el “nudo y el desenlace de “Tiniebla blanca”, ofrezcan la impresión de ser arrancados de la cantera humana. Habilidad, elegante donde referir sucesos y vicisitudes sentimentales, el de Gloria Guardia, en una constante aspiración de extraer —sin perderse en la mayéutica socrática— la justa verdad disimulada en el seno de la duda o en el fondo de la ignorancia.

Bien, justo, equilibrado, el vigoroso fondo de “Tiniebla blanca”. Como escritor —y particularmente como indoamericano— debo celebrar con alborozo la aparición, en Madrid, de una obra quizá

concebida con ejemplar vocación y entusiasmo por quien, sin olvidar que su tierra de origen le sirve de enlace al antagonismo de dos océanos, asimismo, en una Universidad yanqui dos razas también opuestas en costumbres, credos y preferencias intentan fusionarse en un ideal de mutuo respeto y comprensión.

Antonio REYES.

Madrid, 1961.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO.

La distancia y el tiempo limpian la mente y depuran todo sentimiento, dejándolo en su más desnuda y escueta expresión.

Dos años hace que José Antonio y ese mundo de almas descarnadas, de crujidos y rastreos, aparecieron en el horizonte nublado de Hudson. Yo entonces buscaba mucho, demasiado quizá... Quería encontrar la línea recta que me llevara sin tropiezos al infinito; y era todo tan blanco en mi vida, que la frágil inocencia que arropaba mi ser, al quebrarse, me dejó inerte, y las ganas de seguir, de seguir y seguir —como todos seguimos sin poder hacer nada para contrarrestarlo— se me resbalaron del cuerpo, y todo fue un vacío sin final.

José Antonio fue el intérprete central, porque en él —o a través de él— encarné yo mis sensaciones. Me vi reflejada en su sér y en aquello que lo desempatava de su prójimo. Tío mío por parte de padre, y doce años menor que papá, este hombre fue a quien tuve a mi lado por que lo necesitaba o quizá porque lo buscaba.

Todavía se retuerce en mí el recuerdo de una noche en que juntos caminábamos sin rumbo fijo

y sin atrevernos a romper la verdad. No comprendo ahora por qué callamos. Quizá entonces estábamos demasiado cerca el uno del otro para hablarnos o demasiado distantes para escucharnos.

* * *

La historia casi no tiene principio. Era un día igual a los otros de octubre —opaco, frío— y llovía mucho en Nueva York. Había ido a la bulliciosa ciudad porque ya mis nervios no podían soportar el pueblucho de aire gris donde está enclavado Vassar College (1), la Universidad donde yo estudiaba y por fuerza tenía que engullir la semana —y muchas semanas juntas— entre libros llenos de personajes de ficción y de muertos que se han vengado de nosotros haciéndose inmortales.

Aquel viernes el espectáculo había sido el mismo; cientos de estudiantes se habían volcado a la estación en busca de un tren que las condujese a algún sitio. A mí, como siempre, me divirtió mucho el contraste carnavalesco que ofrecían las estudiantes engalanadas, dentro del andén de esa estación, tan desnudo y esquelético como una flauta sin sonido. Ese día no deseaba estar con nadie y elegí un sitio apartado de todos, pero muy pronto me vi defraudada; dos señoras jamonas y emperifolladas

(1) Primera Universidad femenina norteamericana, fundada por Mathew Vassar en 1861. Está situada en Poughkeepsie, New York, sobre el río Hudson.

se sentaron a mi lado, aturdiéndome con comentarios entre sí de sus consabidas recetas de cocina que, sin duda alguna, les haría ganar un kilo más donde menos lo necesitaban. Una de ellas me sonrió tres veces con aire de palomo protector y la otra, con un poco de "más mundo", entabló conversación ofreciéndome una barrita de chocolate. Ahora pienso casi con alegría en aquel momento... ¡Qué lástima que a veces miremos sin ver y seamos tan insensibles a lo que de humano podríamos recoger de aquellas almas que se cruzan en el trayecto de nuestra existencia!

Al llegar a Nueva York, el rechinar de los frenos del tren, unido a un brusco movimiento, me despertó del letargo en que venía sumida. Me despedí de mis obligadas compañeras de viaje con una leve mueca, conato de sonrisa.

Atravesé los dilatados andenes amarillos, en donde las caras de cartón, con ojos congelados, de los precipitados viajeros, resaltaban por encima de las luces fluorescentes. Hice el recorrido de costumbre: me acerqué al kiosko central de información, para asegurarme la hora exacta de mi regreso y de allí seguí-hacia la "toilette", a retocarme.

De pronto tuve apetito y me sentí inmensamente sola dentro de la multitud. Esto último me causó extrañeza. ¿Por qué esta sensación de soledad, si ya estaba acostumbrada a moverme como una autó-mata dentro de la gran ciudad y había llegado a anestesiar las vibraciones lógicas del sér? Pero esa

tarde seguramente la lluvia o el azar me jugaban una mala pasada. Seguía teniendo hambre, seguía sintiéndome sola y la gran estación seguía abigarrándose de gente. Miré el mudo reloj que como gran jefe abre con sus duras manillas las puertas a los que se van y a los que llegan. Eran pasadas las siete de la noche. La hora tampoco tenía mayor importancia. Nadie me esperaba en el "Vassar Club", donde solíamos hospedarnos las estudiantes, y como era temprano, me acerqué a una de las tantas abillantadas cafeterías de la estación. Desde luego, nada había allí de extraordinario, ni nada que no hubiera visto repetido en los miles de restaurantes norteamericanos. Cada objeto, cada luz y cada persona formaban parte de la mecánica masa que rellena un determinado vacío y del cual apenas nos apercebimos.

Pedí que me sirviesen una "Coca-Cola" y una *hamburguesa*. Todos los que me rodeaban comían y bebían lo mismo. ¡Qué fastidio! El hombrecillo de gorro blanco y de delantal cuadrado se acercaba a los parroquianos con la memorizada sonrisa, mientras que en alta voz repetía las órdenes al chico que, con maestría, se encargaba de asar el redondo trozo de carne en las humeantes parrillas. A mi lado, un niño hacía un esfuerzo loco por ocupar un puesto en uno de los altos taburetes del mostrador. Por fin, logró su intento y, con voz de triunfo o de hambre contenida, pidió también su *hamburguesa* y una "Coca-Cola" tamaño gigante.

Su comida y la mía llegaron en el mismo momento y ambos pagamos con dos monedas: una de cincuenta y otra de veinticinco centavos. Esta coincidencia hizo sonreír al pequeño y en mí esa sonrisa provocó la primera sensación de frescor íntimo que había tenido en no sé cuánto tiempo. Le ofrecí el plástico botellón de la salsa de tomate y él, a su vez, me alcanzó la mostaza. Observé cómo su diminuta mano apretaba los frascos, haciendo salir su contenido, que pronto cubrió toda la carne. Sí, fue entonces... Las imágenes se agolpan en mi mente. Hubiera querido fusilar mis recuerdos..., olvidarme de todos..., estar sola..., inútil esfuerzo.

A una de estas cafeterías nos habíamos acercado mi hermano Jaime y yo hacía más de quince años, la tarde que papá nos llevaba a internar a colegios situados a unos kilómetros de Nueva York. Después de la muerte de mamá, había sido imposible para él cuidar de mis dos hermanos y de mí con el mismo mimo y atención a que estábamos acostumbrados. Y así, una noche, un avión nos arrancó de todo lo nuestro para transportarnos a este ancho mundo neoyorkino. Papá hacía todo lo que estaba a su alcance por ser bueno y cariñoso con nosotros, pero sólo Ricardo —el mayor de los tres—, que tendría entonces unos doce años, parecía sentirse contento con la idea de este viaje. Recuerdo que pasamos dos días comprando muchas cosas en los tumultuosos almacenes, y eso de comprar cosas nuevas nos hizo olvidar un poco, a Jaime y a mí,

que ya muy pronto nos separaríamos para no vernos durante muchos, muchos meses. Pero el día llegó sin piedad, y la tarde que papá nos condujo a la Grand Central Station, en un taxi amarillo repleto de juguetes y maletas, Jaime y yo, agarraditos de la mano, nos mirábamos con pavor de afrontar el momento de la partida. Teníamos mucha hambre... Era seguramente el miedo, y Jaime me propuso que comiéramos en una de esas cafeterías.

¡Quince años y cuántas horas de soledad desde esa tarde! Jaime... Mi Jaime estaba ahora tan lejos. Quince años para vernos solamente durante las vacaciones, cuando nos llevaban a veranear a alguna playa de moda, entre viejos distinguidos, petrimetros y figurines de plata. Allí Ricardo leía y nosotros pasábamos días enteros bajo el sol, sentados en la arena. Y ahora, ¡qué poco conversábamos!... Apenas lo hacíamos por teléfono. La última vez que me había llamado, desde California, donde residía, fue para comunicarme que tío Antonio y su mujer, Carmen, vivían desde septiembre en Nueva York. No me había dicho nada más, ni yo había podido acercarme a él tampoco. Los tres minutos de rigor se nos habían escurrido en preguntas bobas: "Que si estaba estudiando mucho, o si hacía frío en Poughkeepsie..." Nuestras relaciones habían degenerado en un nostálgico recuerdo de lo que ya no podríamos jamás recobrar. El y yo lo sabíamos, pero no podíamos enmendar lo que la vida había mutilado.

—¿Desea algo más?

Fue la voz del mesonero la que me devolvió a la realidad. Eran ya las ocho y media y aún no había comenzado a comer la *hamburguesa*. Un hombre que estaba a mi lado, donde se había sentado anteriormente el niño, leía el diario *New York Times*. Me apercibí que era hora de marchar, pues el *waiter* esperaba con ansias mi propina para atender al próximo cliente. Abrí mi bolso de ante gris, busqué el portamonedas, que siempre se me escondía en algún pico, y me di cuenta que lo había olvidado. Nerviosamente hurgué en los bolsillos de mi abrigo, buscando las monedas que casi siempre llevaba en ellos. Escasamente, el menudo sumaba un dólar. La idea de encontrarme sin dinero me atemorizó, y fue entonces cuando me acordé de la existencia de mis tíos. Los llamaría; me daría a conocer y quizá ellos me invitasen a cenar. Si les simpatizaba y exageraba mi situación, tal vez hasta me permitieran quedarme a dormir con ellos esa noche. Esta era la única solución.

Salí a la calle; llovía a torrentes. La gente caminaba precipitadamente y en el oscuro y reluciente pavimento se reflejaban sombras flacas y deformes.

¡Un dólar! No me alcanzaría ni para un "taxi". Además, no sabía exactamente dónde vivían mis tíos.

Un hombre de inmensas gafas y con aire de intelectual malgrado se acercó a mí, ofreciéndose

para acompañarme a casa. "Con su paraguas no me mojaría." ¡Bah! Un majadero de los muchos que abundan en todas las partes. Le volví la espalda y entré de nuevo en la estación, para buscar en la guía telefónica la dirección de mis parientes. Tendría que llamarlos para anunciarles mi accidental visita.

Las casillas de teléfono estaban todas ocupadas. Por eso, los primeros cinco minutos de espera me dediqué a buscar la dirección de varias amigas de Vassar que vivían en Nueva York: Martínez, Montgomery, Milles...

Por fin, después de una espera interminable, una chica esquelética abandonó una de las cabinas, llorando a mares. La pobre mujer tenía el rostro desencajado. ¡Es raro, cómo a veces se nos graban ciertas cosas! Seguramente el novio, o el marido, o quien fuera, la había dejado plantada..., y la casita donde me encerré para llamar a mis tíos estaba impregnada con el barato perfume de la flaca magdalena. Marqué el número, Plaza 7... El repique-teo del teléfono sonaba distante y, cuando Carmen contestó, su voz ronca me causó una impresión extraña. No sé por qué esperaba oír una voz más bien chillona —todas las Cármenes que conocía tenían voces agudas—, pero, indudablemente, ésta era una excepción.

Se acordaba de mí vagamente, ya que había estado en casa antes de lo de mamá, cuando Jaime y Ricardo aún llevaban pantalones cortos y yo te-

nía cinco años. “Debía estar muy cambiada”. Tenía que irme a casa de ellos “al tiro”

Aunque hacía más de quince años que ella había salido de su patria —Argentina—, Carmen conservaba todavía su deje porteño. También observé que quería ser agradable, y este esfuerzo me gustó. Desde esa noche me mostró su bondad, se sintió tía y eso de tía le llegó al alma.

La conversación fue breve; nos despedimos sin hacer alusión a las estériles frases protocolares, y después supe que tanto a ella como a mí nos ponía nerviosas hablar largo por teléfono.

Cuando volví a salir a la calle, llovía con mucha más fuerza. La gente ya no circulaba bajo el agua, como hacía unos minutos. Hasta los coches se habían espantado y corrían afanosamente, tratando de burlar al impertinente aguacero. Compré un diario, el más grueso que encontré, para cubrirme la cabeza, a pesar de que todo esfuerzo de protección personal en esos momentos era inútil. El chaparrón se había adueñado de toda la ciudad y, antes de llegar a la parada de autobuses, ya tenía la ropa totalmente adherida al cuerpo.

Esperé muchos minutos, que me parecieron horas, debajo del agua. Todos los autobuses que pasaban iban estallando de gente empapada, que hablaba “sotto voce”, y, cuando alcancé a escurrir mi cuerpo entre una de las masas de gente ambulante, ya para entonces mis piernas eran un trozo de hielo... De aquella noche sólo recuerdo mucha

niebla, mucha gente y sucesos cortados. El recorrido fue breve y el autobús me dejó muy cerca de la casa de Carmen y Antonio. Ellos tenían un piso en el lujoso "Park Avenue", donde viven los que han hecho demasiado dinero y quieren que la gente lo sepa y los inviten a los mil y un cotillón y a toda esa serie de fiestas que se organizan para llenar los días de bulla y los armarios de vestidos nuevos que se usan nada más que una vez.

Tampoco el hall de entrada tenía mucho de original. Era una cámara de mármol romano, con espejos empotrados en las paredes; del centro colgaba una enorme araña de cristal de roca que centelleaba alegremente, reviviendo las dos inmóviles figuras de alabastro que destacaban los lados de la ancha habitación cuadrangular.

El portero, enfundado en su uniforme verde, decorado de botones dorados, era un periquillo tropical dentro de una jaula de lujo. Me miró de los pies a la cabeza con aire de superioridad, y su sorpresa no tuvo límites cuando observó que dirigía mi empapada figura hacia el elegante vestíbulo.

—¿Qué desea, señorita? No creo que usted conozca a nadie aquí...

Entonces fui yo quien lo midió con una cortante mirada.

—Al quinceavo piso, por favor...

—Dígame primeramente qué familia solicita ver en ese piso.

Hubiera querido hundirle la gorra hasta los ojos.

—Usted querrá decir que POR FAVOR le diga a quién deseo visitar. ¿O he entendido mal? Soy sobrina de los señores Montero-Mendoza, que viven aquí, y, para más seguridad, muy señor mío, puede llamarlos desde la portería. No se preocupe que no soy ni mendiga ni ladr...

—¡Señorita!

El “periquillo” cumplió las órdenes al pie de la letra y, sin chistar, se dirigió al ascensorista para que éste me llevara a casa de mis tíos.

* * *

El piso estaba cerca de las nubes. Al abrirse la puerta, apareció tras ella una mujer alta, de manos muy blancas y rostro pálido, del que sobresalían un par de ojos grises con grandes ojeras. Daba la impresión de una muerta, pero de una recién enterrada —de esas que aún llevan la piel olorosa a vida.

“Así que yo era La Sobrina, la hija de Ernesto... Me parecía más a mi madre”... Esto no era nada nuevo, me lo decían siempre cuando no tenían otro comentario que hacer. Nos abrazamos, o, mejor dicho, ella me abrazó primero. Sentí con gusto que su vestido de lana azul me calentaba los huesos. Seguramente ella también sintió lo mojada que venía cuando mis lacios cabellos rozaron su rostro. Me miró con dulzura y no pude dejar de leer en el parpadeo nervioso y en el ceño ligeramente fruncido la compasión que sentía por mí en esos momentos.

No era para menos, pues el aspecto que yo tenía, con el pelo chorreando agua y los zapatos que, al andar, chirriaban, era de lástima. “¿Tenía apetito?” También había comprendido ella que mi estómago seguía sin saciarse y chillaba agriamente como un silbido de grillo. Sí, tenía apetito, estaba cansada, quería dormir mucho..., a pierna suelta y olvidar el eco de la tarde inmensa. Ella supo oírme sin necesidad de palabras y, además, me dió ropa seca y una bufanda de lana; luego se fue a la cocina para prepararme algo de comer. Me senté a su lado en la butaquita de madera pintada de blanco y, mientras la veía que cocinaba para mí, sentí una cosa extraña: sentí que quería a esa tía que nunca había conocido y que ahora estaba jugando a ser mi madre y yo a ser su hija.

—*Sos* tan alta y delgada que mi ropa te cuelga, y *parecés* una sombra larga.

—Pero, en fin, la única que me está viendo es usted.

—Y yo (este *yo* lo pronunció volcando sobre la “y” griega un diluvio de sonidos) no cuento. ¿Eso decís?

—No, no diga eso; pues porque cuenta demasiado y sé que no me va a juzgar por lo que llevo puesto, es que lo digo.

—Sobrina, ¿no te importa lo que *parecés* ante la gente?

—Pero, ¿a santo de qué esas preguntas?

Me sentía nerviosa y cohibida. No atinaba a or-

denar mis pensamientos, y éstos salieron con torpeza de mi boca.

—Ante la gente que no cuenta, no me importa lo que llevo encima del cuerpo. Además, ahora es mejor que calle, porque lo que “luzco” sobre mi anémico cuerpo, mi querida tía, no me pertenece...; una cierta señora muy gentil llamada Carmen Montero me lo ha prestado.

Las dos nos reímos con gusto y así se rompió el hielo. No había ya necesidad de preguntas tontas y respuestas apenas hilvanadas.

—¿Quién se ríe con tanta gana en la cocina de mi casa? La de la derecha sé que es mi mujer... Pero, ¿no habrás evocado a los espíritus en mi ausencia?, Carmen. ¡Esta chica es la imagen de mi cuñada!

Mi tío José Antonio acababa de llegar. Carmen y yo volteamos la mirada hacia él y, todavía sin poder contener la risa, Carmen se acercó y, tomándole de la mano, hizo las presentaciones de rigor.

—¡Claro, *zonzos!*, si a quien *contemplás* embozado es tu sobrina, la hija de Ernesto. Lleva tu sangre, así como todo el temperamento de los Montero-Mendoza. Me llamó a eso de las nueve que venía para acá, y se presentó aquí calada por el chaparrón de esta tarde.

—“Que no me visto para la gente que cuenta” Sobrina, te cato. No puedes negar que eres hija de ella; tienes sus mismos labios..., el parecido es ex-

traordinario... Además, eres de las viñas de casa. Venga aquí un abrazo. Y... cuidado con la mantequilla, no me vayas a manchar la ropa...

José Antonio era un tío demasiado joven porque, al lado de papá, a quien hacía más de un año que no veía y cuando lo vi por última vez tenía el cabello casi blanco, este hombre parecía su hijo. Claro está, que estábamos casi a media luz, y en la oscuridad todos los gatos...

Por lo que pude distinguir de él era un hombre de facciones recias, labios carnosos y rostro enjuto. Como Carmen, era alto y de manos largas, y éstas, al estrechar las mías, me dieron la sensación que mis dedos flacos y toda mi mano se perdía dentro de una cueva enorme. Era más comunicativo que su mujer, y sin esperar a que yo acabara el último bocado, me sentó al lado de la chimenea del salón (esa chimenea que no quemó en sus leños tantas cosas que quisiera extinguir en mi memoria). Quiso saber de su gente, de toda la familia que él no veía desde el año 45. A su vez, ellos me dieron noticias detalladas de Jaime, a quien acababan de ver en California. Eran de opinión que se parecía físicamente a papá..., más guapo, más alto quizá, pero las facciones más salientes eran muy semejantes. Pero, por dentro, donde nadie o casi nadie nos ve, mi hermano y papá eran tan dispares... Papá era la esencia pura del hombre hecho por y para los negocios. Bueno, eso sí; pero nada más que bueno.

No tenía tiempo para nadie y, después de la muerte de mamá, a quien afirmaba que había adorado, nosotros —sus hijos— le estorbábamos. Yo creo que hasta su propia vida comenzaba a pesarle. ¡Jaime no podía ser así! Todos reconocíamos que él era de cristal y sabía darse con delicadeza a los seres que le rodeaban.

Quisieron saber también de Ricardo. Ricardo... El estaba en Canadá, trabajando para hacer algo con su insípida vida. Leía mucho..., demasiado. Tanto, que ya no sabía cuándo estaba en la realidad o fuera de ella. Pero él decía que vivía tranquilo. ¿En cuanto a nuestra vida como conjunto familiar?, ésta era independientemente vacía. Y lo peor era que estábamos acostumbrados. Al principio, nos buscábamos, pero ahora... ya estábamos demasiado organizados.

—¿Me dan un cigarrillo, por favor?

Tenía que calmar mis nervios. Me dolía hablar de mi familia; era como si me arrancaran de pronto la piel y me dejaran desnuda al roce del aire indiscreto.

—Gracias. Tengo frío. ¿Les importaría que me quedase a dormir aquí? No quiero irme al Vassar Club. (En realidad, ya no tenía más que el billete de regreso.)

—Mujer, no faltaba más. *Podés* venir cuando *querás*. Antonio te puede ceder su cama. ¿Verdad que sí? El dormirá en el diván de su estudio.

Y me vieron tan cansada, que después de

chismear un poco y de hablar de las viejas cotorronas, mis tías, que con la vejez se habían convertido en unas urracas enlutadas, con los ojos de buho, me fui a acostar.

Llovía todavía, y las gotas de agua, golpeando sobre los cristales, me arrullaron con su acompasado tintineo.

CAPÍTULO II.

La encontré en mi habitación. Estaba tendida boca abajo, sobre el diván, y se entretenía hojeando unas revistas.

—¿De dónde vienes? Me aburría en mi cuarto y...

—De Nueva York.

—¿Y sin dinero?

Vi que Alessa abría el cajón de mi escritorio, sacando un fajo de billetes.

—Sí, lo olvidé todo. Pero, en fin, quizá fue mejor así.

Se sentó sobre mi cama, encendimos un cigarrillo y pusimos música. ¡Teníamos tanto de qué hablar! Alessa y yo éramos como hermanas. Nos unía una amistad diferente a esas de todos los días. Cuando nos conocimos, a la semana de haber ingresado en Vassar, inmediatamente sentimos cómo su sangre italiana y la mía, hispanoamericana, armonizaban.

—¿Y te has pasado tres días en la ciudad sin un céntimo?

Todo había sucedido tan inesperadamente du-

rante esos tres días, que hasta comenzaba a dudar si no era producto de mi imaginación.

—Fui a casa de un hermano de papá que vive en Nueva York; está casado con una argentina.

Los redondos ojos oscuros de Alessa se fueron dilatando lentamente a medida que yo le relataba mis peripecias en Nueva York. Efectivamente, no tenía ella por qué sospechar que yo tuviera familiares en la ciudad. Como yo no los conocía, nunca se me había ocurrido mencionárselos; pero desde ahora iban a ser tema frecuente entre nosotras. Alessa se convenció que tenía que visitar a estos tíos míos cuanto antes. Quería saberlo todo; que le describiera a Carmen, que le contara cómo era José Antonio... ¿A quién de la familia se parecía físicamente...? ¿Qué podía decirle de ellos sin exagerar o ayudarla a formar un concepto concreto que tal vez después la decepcionaría? Le dije que Carmen era una mujer alta, rubia, elegante, sensible..., tenía mucho de madre... y su alma era de esponja. Antonio: joven, demasiado joven para ser tío mío, y de hablar eléctrico... Ya los conocería.

—¡Oyeme! cuidado, que te quemas los dedos con el cigarrillo.

Alessa, de pronto, me pareció muy pálida y distraída. Encendió otro cigarrillo y puso en el tocadiscos un calypso de Nina y Frederik, *Maladie d'amour*.

"Maladie d'amour
maladie de la jeunesse..."

—¿Sabes, Alessa, que conocí a Jeanne, la chica francesa que tú llamas “la triste”...?

—¿Y qué tal?

—Me la encontré en el tren cuando venía de regreso a Vassar y, entre tanta gritería de niñas que venían comentando las horas que habían pasado con Peter, James o John, la enigmática francesa, con su voz gangosa, fue un oasis... Francamente, te diré que nunca me hubiera acercado a ella sino porque tenía deseos de conversar con una persona, y Jeanne tenía el aspecto de ser la compañía que buscaba. Más aún, yo creo que ella también venía harta de las estudiantes que la agobiaban desde que había abordado el tren... ¡Figúrate que hubo un momento en que el grupo ya no pudo contener su curiosidad y, con cierta doble intención, le preguntaron de dónde venía. Su respuesta, indiferente, me agradó: “Del infierno.” Y así se sacudió a las tontas curiosas... Va a venir a cenar con nosotras...

Este fue el comienzo del trío heterogéneo que más tarde formaríamos la francesa, la italiana y yo.

Al final, Alessa casi no me escuchaba. Puedo recordar hasta su voz esa tarde; seguía desasosegada, distraída y ausente. Podría llegar a afirmar que lo sucedido ese fin de semana fue el principio de una cadena de hechos que marcarían una línea honda en nuestras vidas.

—Enrique Alberto te llamó tres veces este fin de semana...

—Y tú, ¿qué le dijiste?

—¿Qué más le iba a decir? Que estabas en Nueva York.

—¿Me llamaría al Vassar Club?...

—Sí, y luego me comunicó que no estabas allí. Me supuse que estarías en casa de May, pero no me atreví a darle el teléfono de ella...

—Muy bien hecho.

Durante los últimos meses, Enrique Alberto me buscaba sin cesar; pero teníamos tan poco en común que, si acudía a su lado, era por costumbre, ya que nunca llegaríamos a comprendernos. Nuestro primer encuentro no había tenido mucho de original: un baile de estudiantes, él no era mi compañero y Alessa y yo estábamos con ganas de divertirnos. De eso haría ya dos años... Habíamos sido invitadas por un grupo de hispanoamericanos a Georgetown, la Universidad donde ellos estudiaban diplomacia, en Washington, D. C. Enrique, buen conversador, me llamó la atención dentro del grupo... Estaba recién llegado de su patria, Chile; pero parecía bien identificado con el ambiente del norte. Nos seguimos viendo con regularidad y, sin darme cuenta, se convirtió en el muchacho de los sábados. Sus visitas frecuentes me alegraron, pero un día me hastié de él. Surgió la oportunidad de conocernos mejor y, así, descubrí la resequedad que lo consumía. Un incidente trivial lo retrató de cuerpo entero... A partir de entonces no quise abrigar ilusiones: aunque a veces era tan idealista que

pensaba que él cambiaría, o que yo era muy severa al juzgarlo, para luego despertar y confundirme dentro de un mundo solo y opaco, de burda melancolía.

Miré a Alessa, que continuaba fumando y en actitud reservada.

—Estás en la luna... y ya sé la razón; vino Fernando, a verte, ¿verdad?

—Sí, y está más flaco y bebió mucho este fin de semana. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que quisiera dejarlo. Ya estoy harta de él.

—Claro..., pues claro que estás harta de él; lo sabes, lo admites y, sin embargo, sigues con la cruz auestas y adorando a tu tormento.

—¿Qué quieres que haga?

—Que lo olvides; que no lo veas más. ¿No acabas de decirme que lo piensas dejar?

—Para tí es más fácil decirlo.

—Lo hago por tu bien.

—Lo sé...; bueno, ya no hablemos más de eso. Quiere casarse en mayo.

—¡En mayo! Pero, ¿es que está loco de atar? Y tú, ¿qué le has dicho?

—Que no sé..., que no sé nada. Pero si él dice en mayo, en mayo será.

No había más que discutir. Era inútil tratar de conversar de Fernando con Alessa. No había fuerza ni motivo que la separara de ese hombre, que, de pronto, se había metido en su vida y que de

sobra se sabía que la haría infeliz. Pero ella estaba enamorada, según ella decía, y en esto hay un hechizo o un maleficio que nos llena de humo los ojos y nos obstruye los oídos. Estaba enamorada..., y sólo el tiempo se encargaría de deshacer el volcán que ahora se había formado entre la espuma.

Alessa se marchó a su habitación. Yo venía cansada del viaje, así que me acosté enseguida y tomé la primera novela que cayó en mis manos. Miré a través del vidrio antes de meterme entre las mantas; ya todo el "campus" (1) estaba desierto y las voces de las hojas muertas, arrastrándose en ritmo de llanto, me retorcieron la carne.

Era un típico domingo por la noche en Vassar y, por los corredores se oía a las que hablaban y comentaban el fin de semana que acababa de morir. Un fin de semana más...

* * *

Lunes, martes, miércoles y los meses fríos de octubre y noviembre se evaporaron sin dejar rastros: Alessa seguía en amores con Fernando; Jeanne nos visitaba de vez en vez; Enrique Alberto se tragaba las horas libres de mi vida y, mientras tanto, yo me mostraba cada vez más impaciente. Quería sentir mucho sin paladear la vida; correr como una

(1) Compendio de los jardines, edificios y residencias de la Universidad.

niña tras las luces del faro y agoté conmigo la energía del tiempo. En la monotonía buscaba encontrar la chispa que prendiese un divino alboroto. Sin embargo, lo prosaico, lo negro, me mantuvo al margen...

Fue alrededor del "Thanksgiving" (1) cuando volví a saber de Carmen y Antonio. Ante la circunstancia de que se aproximaba esta fiesta norteamericana, Carmen me llamó para invitarme a pasar las cortas vacaciones con ellos en su casa. Acepté, agradecida, pues no quería tener que quedarme sola en la Universidad, ni pasarlo en Washington, cerca de Enrique.

En vísperas de las fiestas, Jeanne me convidó para que me fuera con ella a Nueva York. Al fin, se había comprado el "Alfa Romeo" de sus sueños, y "debíamos estrenarlo juntas". Ella estaba ilusionada con su coche, como una niña con juguete nuevo.

En el trayecto hacia Nueva York conversamos mucho. Ella había viajado por medio mundo y conocía a una colección de seres humanos que desafiaría a cualquier protagonista de ficción. Me contó sus aventuras en el Oriente, salpicando sus relatos de un colorido fantástico. La India la había hechizado, y por algún tiempo había llegado a

(1) Fiesta nacional norteamericana, que conmemora la llegada de los peregrinos a América.

identificarse con la suave serenidad del pensamiento hindú. Mientras ella hablaba, el diminuto coche se deslizaba en una desenfrenada carrera por la pista de "concreto" (1) gris. Era un día sin luz, y el paisaje y la carretera formaban una sola cinta prolongada. Observé que las huesudas manos de Jeanne se crispaban mientras apretaban el volante. Seguramente, ella no se daba cuenta de su actitud, pero el coche era para ella un franco desahogo. El vehículo y su dueña eran una figura alargada corriendo en pos de algo...

Teníamos sed, y Jeanne quería tomarse un café caliente, para así conducir con más energía. Le propuse que hiciéramos un alto.

El restaurante estaba desierto. Sólo una "viejita", con rostro apergaminado y ojos relucientes, ocupaba una de las estrechas mesas de madera del café. En sus pupilas se leía el deseo de sentirse invitada por alguien. Le pedimos que nos permitiera sentarnos junto a ella, y éste fue el mejor de los homenajes que podíamos ofrecerle. La señora vivía desde hacía quince años en un "Hogar para ancianos", cerca de Hyde Park —el pueblo que se enorgullece porque Franklin Delano Roosevelt nació y vivió allí—. Hyde Park es conocido por su importancia histórica, pero muy pocos sabían que muy cerca del hogar del Presidente había una casa ha-

(1) Hormigón de cemento.

bitada por viejos solitarios a quienes la vida no se había tomado el trabajo de matar. Esta anciana se había casado un lejano día, y de ese matrimonio habían nacido tres hijos, pero cuando los años habían descargado su peso sobre sus espaldas, su cuerpo encorvado era un estorbo para la egoísta juventud. Sus hijos la habían llevado a la "Casa de Viejos", para que allí, al lado de otros seres solitarios, esperara sus últimas horas. "No teníamos por qué culpar a sus hijos. No; ellos eran buenos con ella; le pagaban todo y una vez al año le mandaban el coche para que saliera a pasear. Hoy, en vísperas del *Thanksgiving*, su "hijito menor" la había ido a buscar con su esposa y la habían sentado en esa mesa para que ella comiera lo que quisiese."

Mañana sus hijos lo festejarían con los amigos y ella lo pasaría con sus compañeros de Asilo, y, juntos, agradecerían los beneficios que habían recibido de la Humanidad durante el año.

¡Tanto abandono, dentro de la opulencia, describía un cuadro de miseria moral! ¡No obstante, la menuda mujer de los ojos de lucero se olvidó de sus años y, ante nosotros, se abrió un lirio fragante, que nos contagió de deliciosa frescura!

Cuando hubo terminado de cenar, y después de varios minutos de conversación, apareció por las puertas giratorias de cristal una pareja joven, de rostros embrutecidos por la "buena vida", que venían en busca de la anciana. Los hijos habían cum-

plido con aquello que manda "Honrar padre y madre" y "dar una limosna al más necesitado", y, ya con la conciencia descargada, se disponían a encerrar a la madre una vez más en el lujoso internado para abuelos desvalidos.

La viejita se perdió en la tarde color otoño y nosotras seguimos nuestro camino con la rapidez que reclamaban nuestros cortos años.

El resto del viaje fue de un mutismo absorbente. Cuando íbamos por el puente de Washington, a las puertas de la ciudad, Jeanne rompió el silencio:

—¿Crees en la reencarnación?

—Lo hindú se te ha subido a la cabeza. Pero, ¿por qué tal pregunta?

—Porque me obsesiona la idea. A veces creo que de viejos pagamos los pecados de nuestra primera vida.

—Si lo dices por la señora, estás equivocada.

—De otra manera, no habría razón para tal desamparo...

—Tú también buscas una razón para justificar lo injustificable. No sueñes; todo es un préstamo..., un préstamo mezquino, al que no tenemos ni siquiera derecho a reclamar lo lógico...

—Lo lógico, no...

La conversación tomó mil giros y, después de divagar sobre los más variados temas, terminamos hablando de "Greenwich Village", el barrio pseudo-bohemio de Nueva York. Convinimos en que el

viernes, rodeadas de *beatniks* (1), nos zambullíamos un poco en ese falso ambiente.

A la ciudad llegamos cuando anocheecía y sobre el río se diluían los últimos rayos rojos del sol. Los edificios grises, que durante el día se cubren con un velo de niebla, se encendían para darle paso a la noche.

(1) *Beatniks*, grupo de la juventud norteamericana que, entre otras cosas, lucha por mantenerse alejado del "conformismo" de esa sociedad. Su excéntrica vestimenta es una de sus más comentadas características.

CAPÍTULO III.

El piso estaba a media luz, como solían mantenerlo; ahora sé que era para esconderse en la oscuridad, porque la luz eléctrica acuchilla las arrugas de la carne y del alma. Carmen era esquiva por naturaleza, y José Antonio le tenía miedo a la claridad. En la penumbra, eran amigos; las sombras eran sus cómplices, y eso era lo que ellos respetaban.

Ambos me esperaban, y me alegré de verlos, ya porque eran rostros casi nuevos para mí o porque me sentía verdaderamente a gusto con ellos.

Estaba cansada y aburrida; una idea fija me perseguía, y a Carmen no se le escapó. Enrique Alberto, hoy, ayer y siempre a mi lado durante los últimos días. Sus cartas, sus melodías... rebotaban elásticamente en mí sin dejar huellas de alegría o de tristeza. Tenía que quererlo..., tenía que tener a alguien, porque estar sola, ante la gente, es un pecado, pero es este loco empeño por forzar el pecho a palpar por una vacía y sosa ilusión, me agotaba.

—¿Cansada, hija?

La voz de mi tía interrumpió mis pensamientos.

—Psch..., y aburrída. Mucho estudio. ¿Me comprende, Carmen?

Las dos bolas grises que se destacaban en su rostro volvieron a parpadear como lo habían hecho la noche que nos conocimos. Me besó en la frente delicadamente; yo hubiera querido decirle que la quería como lo que podría recordar de mamá. Pero no; hubiera sido una imprudencia.

—A mi lado no te aburrirás.

La voz de Antonio, llena de arrogancia, llegó a mí. Esta delataba la presencia de una fibra mal cultivada, que él parecía estimar porque a sus amigos les agradaba.

—Te hemos preparado un buen programa para mañana. Antonio, ¿llamaste vos a la Laura y a Eduardo, para que vinieran a comer con nosotros? Después, todos iremos a “lo de Isabel”, a tomar el “copetín”.

—Sí, mujer, todo está arreglado. Deja de preocuparte, que tus nervios me exasperan.

Comencé a darme cuenta de que Antonio era, a veces, rudo con su esposa. Estaba demasiado seguro de sí mismo y la inseguridad de ella, que le había enamorado a un principio, ahora comenzaba a fastidiarle. Carmen cortó el tema, temerosa quizá de que yo pudiera leer lo que ella sentía.

Corrimos las cortinas de la casa y nos retiramos a las habitaciones. En el espacio se palpaba que a la noche se le habían perdido las estrellas, anun-

ciándose ya, en el aire vacuo, las horas de la mañana.

* * *

El jueves amaneció nevando, y el parque, que aún no había sido pisoteado por la multitud, daba la impresión de un pastel decorado. El paisaje, parejo y blanco, con sus rectangulares rascacielos al fondo, se metió por la ventana; esa blancura me hirió la vista, y me apresuré a cerrar las persianas, porque, con el frío que hacía, sentí que los huesos me traqueteaban. Carmen, que dormía en la cama de la izquierda, despertó de buen humor y se puso a tararear unos "Gatos" (1) preciosos. Era un buen augurio para el día que acababa de empezar.

Las dos estábamos descansadas, y en nuestros rostros se marcaba claramente el anhelo de ver comenzado el día.

—¿Qué tal has dormido, sobrina?

—Bien, gracias. Ha nevado horrores... Asómese a la ventana. Está el piso purificado. Lo han vestido de novia.

—¿Metáforas?

—No..., nada. Sólo decía lo que pensaba. Como cuando se va donde el psiquiatra.

—¿Has ido al psiquiatra?

—Bah... ¿Para qué confesar si he ido o no? ¿Cuándo desayunamos?

(1) Cantar popular argentino.

—En cuanto te vistas; porque a Antonio no le gustará ver a su sobrinita en camisón. Espera, voy a avisarle que vamos a salir. Antoniooooo..., *declte* a la Lala que sirva el desayuno.

La Lala era una vieja sirvienta que había llegado con mis tíos de la Argentina... Preparaba el desayuno, hacía las camas y se metía donde no cabía. La cara de perro lobo de esta mujer me causaba náuseas..., pero no tenía por qué agriarme la vida pensando en una mujer que no decía nada en mi vida. Esa mañana yo había amanecido de buen humor...; eso era lo que importaba en esos momentos. En general, todo marchaba a su debido compás en casa de mis tíos y ellos llevaban la vida auestas, sin pensar demasiado. A lo menos, eso era lo que decían las apariencias.

La diferencia entre el ambiente de Vassar y el hogar de mis tíos me hacía bien. En la Universidad se analiza hasta llegar al nihilismo y se hunde el alma en un plato de agua sucia por cualquier tontería.

Antonio se había levantado temprano y llevaba en los ojos la expresión del que ha dormido a sus anchas y sigue sumergido en el sueño de la noche anterior. También estaba él de buenas esa mañana; dejó a un lado la arrogancia y fue simpático, casi con cierto deje de inocencia. Pensé que aún quería a Carmen y, si no la quería, al menos debía desear su cuerpo. Estaban jóvenes, y ella era una mujer atractiva.

En el desayuno, la conversación giró alrededor de los preparativos del almuerzo. Mientras Carmen distribuía algunas flores en los jarrones de cristal verde, la Lala se movía torpemente en los quehaceres de limpieza. La criada también sentía la necesidad de preparar su espíritu para el momento cumbre del día.

Era casi ridículo observar cómo nosotros, hispanoamericanos, que no teníamos vela en ese entierro ni nada que agradecer a nadie, celebrábamos esa fiesta guiados por nuestro espíritu despreocupado, muy dado a *festinar* cualquier fecha, aunque no nos pertenezca.

Los invitados, Eduardo y Laura, llegaron poco antes de las dos de la tarde, cuando la casa estaba ya engalanada para recibirlos. Podrían examinarla detalladamente sin que Carmen y Antonio perdiesen su reputación de "gente bien" ante sus compatriotas. Todo estaba decorado con gran gusto y los muebles, de oscura caoba, forrados de verde y naranja, recogían el reflejo de la luz, causando un contraste definido con las paredes, casi blancas. No sería difícil para los sudamericanos amigos de mis tíos formarse una opinión halagadora, especialmente desde que muchas opiniones se forjan nada más que de lo superficial y, en este caso, todo lo que saltaba a la vista formaba un armonioso conjunto. En el tocadiscos, Lucho Gatica cantaba a todo pulmón la canción "El reloj", que había invadido a América:

“Reloj, no marques las horas,
porque voy a enloquecer...”

Antonio y Carmen lucían como inmóviles maniqués de un escaparate de “Bergdorf Goodman”, uno de los almacenes de más renombre entre los de Park. Con la sonrisa entumecida en los labios, los tres acogimos la llegada de los convidados. Contrario a mis íntimas predicciones, el rato sí fue agradable. Laura y Eduardo eran gente campechana que por esfuerzo propio habían llegado a amontonar reales en el bolso. A Laura, los “pesos” se la habían incrustado más en la piel y en la cabeza, como suele suceder con casi todas las mujeres. A Eduardo, sin embargo, el trabajo le había enseñado la diferencia entre los colores de las cosas; además, tenía más facilidad para ver a través de los lentes ahumados.

—¿Hija de Ernesto?

Al presentarme a Laura, ella no pudo sino soltar a flote el hecho que conocía o había oído hablar de papá. Este detalle nunca fallaba. Después seguía siempre el gesto triste, y la muerte de mamá se comentaba con lujo de detalles y, por último, me abrazaban con ardor, hasta asfixiarme.

—Sí, Laura, soy la única mujer...

—¿Qué haces aquí, sola?

Comprendí que esta vez la interlocutora no estaba enterada de la muerte de mi madre, o se abstenía de mencionarla por ser día de fiesta.

—Sola no estoy, y ahora hago lo mismo que us-

ted y todos los presentes: espero con ansias a que se sirva el almuerzo.

Aquí todos los rostros se encendieron. ¡Vaya con la indiscreción!

—Lo que mi sobrina quiere decir...

—Deja, Carmen, que la sobrina tiene razón; sola no está y ahora aguarda el almuerzo, como todos nosotros. Lo que debemos explicar a Laura es que ella estudia en Vassar College, y hoy está de vacaciones.

—¿En Vassar? ¡Con los Rockefeller!

El clásico comentario no podía faltar.

—Con o sin los Rockefeller, tengo que estudiar..., y mucho. El resto sólo es telón de fondo, Laura. Usted está muy enterada de todo y... tan recién llegada...

—¡Sobrina, refrénate!

—Tía, me refreno.

Bruscamente cambié el tono de mi voz y, haciendo lo posible por resucitar mis modales de niñita buena y bien educada, volví a dirigirme a ellos:

—Y ustedes, ¿hace muchos meses que están aquí?

Observé cómo Carmen y Antonio pasaban un momento álgido por el desplante que les estaba haciendo en su propia casa, y me dieron deseos de llorar y de pedir perdón..., pero no soy capaz de actos de esa magnitud. La mezquindad se refugia en una concha de estaño para no reconocer sus propios errores. Todas las pupilas estaban sobre

mí, y estos alfileres de plata se me enterraban dolorosamente en los poros abiertos de la piel.

Eduardo se compadeció de mí y, para normalizar la situación, dibujó en sus labios una leve sonrisa, como si nada hubiese sucedido.

—Laura y yo llegamos a Nueva York cuando nos expatriaron por razones políticas...

No pudo continuar la frase. En ese momento entraba por el umbral un hombre joven, de mirada perdida en el espacio, que también se había visto obligado a abandonar su patria —Cuba—. Al oír que Eduardo hablaba de sus aventuras se sintió a sus anchas y, sin saludar, se adueñó de la situación, tomando la palabra para referirnos la letanía de sus cuitas:

—La situación se pone cada día más candente, señores. Nadie puede negar, sin embargo, que el hervidero que nos tenemos ahora mismo en toda América es consecuencia de la ignorancia política que reina en nuestro Continente.

No cabía duda. Este caballero cubano se sentía orador de la Asamblea Nacional en vísperas de elecciones. La polémica del diputado fue infinita, y durante todo el almuerzo Laura se sintió acomplejada ante el hombre que hablaba "en difícil".

Cuando terminamos de saborear los últimos trocitos del pavo relleno, nos levantamos de la mesa y pusimos discos, para animar un poco el ambiente y desviar el curso de la conversación.

La música, en efecto, obró sus resultados. Los

ánimos se calmaron y todos nos sentimos trasplantados a la patria chica. Para celebrarlo bailamos, bebimos mucho y lo pasamos *macanudo*, como dicen los argentinos. A medida que el tiempo iba pasando se deshlaban las barreras de las nacionalidades, y estábamos tan alegres, que terminamos sentados en la alfombra blanca, comiendo aceitunas y bebiendo jerez y coñac. El disco de Gatica repicó en nuestros oídos hasta adormecernos, y el reloj, que estaba empotrado en una de las cinco paredes del salón, marcó mecánicamente las cuatro, las cinco y las seis. Media hora más tarde llamamos a Isabel Fernández Márquez, con quien habíamos quedado en tomar el *copetín*, para pedirle que se viniera ella donde nosotros; nadie estaba en condiciones ni de humor para salir de casa, con el frío que hacía, y menos aún con la pisoteada nieve, que había convertido las calles en un muladar helado. Cuando Isabel llegó, también la sentamos en el suelo, encargándose Antonio y Eduardo de llenar su copa de jerez o de coñac. Ella se bebió esos tragos, además de muchos otros "cubas libres", a los cuales la acompañamos, haciendo una mezcla de alcohol que ahora no recuerdo. Mañana sería otro día, amaneceríamos en cama, con dolor de cabeza o de estómago...; pero hoy era hoy y estábamos "dando gracias"..., dando gracias, ¿de qué?

Esto me hizo recordar a la anciana de la noche anterior. Los ojos relucientes, que gemían por un

segundo de caridad y de amor, me revolotearon hasta despertarme del estado soporífico en que estaba. Ahora, mientras todos nosotros reíamos embriagados por la esencia del burbujeante licor, ella estaría sumida en el olvido esperando la visita de alguien... ¿Tendríamos todos que pagar más tarde por esta noche de farra? Afanarse toda una vida para llegar a un castillo de arena y ahí escondernos solitarios y expulsados de la sociedad. Es preferible, pensé, morir joven; joven para librarnos del desamparo... ¿Qué dirían de la ancianita de ayer? Probablemente llorarían un día y, tal vez, ni eso. Quizá en el mundo se oiría un eco inmenso, clamando: "ya era hora", "era un estorbo para todos". Hasta los hijos, que nunca se acordaron de ella en vida, serían ensalzados por el sacrificio que había sido para ellos cuidar de su madre. Y así pasarán los siglos, hasta que la tierra se cubra de fuego, y todos los huesos inertes se armen de fuerza para vivir de nuevo.

Eduardo, Laura, el cubano e Isabel hablaron de marcharse a eso de las once. Para entonces la casa ya no era casa, sino una cueva a media luz, con mucha música y humo que asfixiaba. Casi no hablábamos y, cuando lo hacíamos, era para decir lo que estábamos pensando sin esperar respuesta, porque la noche no estaba para discutir ni para emitir opiniones.

Isabel, la mujer que llevaba los rastros de una belleza conservada a fuerza de tintes y masajes;

Laura, con diez kilos de más encerrados dentro de un armazón de hierro; Carmen, consumida de pronto por la vida o por la noche; Eduardo, encarnado y cachetudo; el cubano, perdido dentro de un laberinto; Antonio, con el cabello rebelde, como su temperamento, y con los labios muy rojos; yo, pálida y casi sin aliento... Todos formábamos un grupo amorfo. Eramos seis seres diferentes sentados en el mismo piso de Park Avenue. De eso nosotros habíamos hecho una realidad. ¿Podíamos pedir más? ¡Qué más daba!

* * *

La tarde del viernes caía perezosamente sobre los deshojados árboles, y por las calles, mujeres cansadas y niños colorados, forrados hasta las narices, se arrastraban enterrando sus botas de nieve en el hielo negro que arrojaba las aceras. A un niño, que parecía andar solo, se acercó un hombre alto, con el sombrero embutido sobre el rostro, que llevaba sobre sus amoratados labios un cigarrillo, que luchaba contra el frío para consumir su fuego. Se asieron de la mano y siguieron sin dejar huella en la nieve.

Poco quedaba en el ambiente de los gritos y festejos de la noche anterior. La ciudad entera hacía un moribundo esfuerzo por no dejarse doblegar por el silencio austero, y de los charcos de agua estallaba una gangosa canción de marimba, que arrancaba de las sombras un pedazo de vida.

Avanzaba la tarde y, como habíamos convenido, Jeanne y yo nos reunimos para pasar un rato en el "Village", el conocido barrio bohemio que ha cobrado a través de los años un matiz cinematográfico. Antonio, por sugerencia de Carmen, se ofreció a acompañarnos, y a él se unió el cubano, quien, al enterarse que mi amiga era francesa, no dejó de aprovechar la oportunidad para conocerla. La única que faltaba para que el grupo estuviera completo era mi tía. Ella se había quedado en cama; estaba agotada y le aburría el "Village". No sé por qué sin ella se sentía un vacío inexplicable. Había llegado a echarla de menos. Su amistad me llenaba, porque la quería y porque sí.

Al principio, cuando Jeanne y el cubano intentaban sin éxito entablar conversación, en la atmósfera se respiró desasosiego, y fue esa noche cuando José Antonio y yo nos sentimos atraídos sin apenas percatarlo. En la penumbra alquitrán de las calles del barrio bohemio su cuerpo fuerte parecía apoderarse del aire, o yo lo sentí así cuando me senté a su lado, en uno de los múltiples cafés que abundan por el "Village". Él me cogió la mano debajo de la mesa, apretándomela hasta que los huesos se me encaramaron unos sobre otros y la sangre comenzó a golpearme las sienas. El contacto de sus largos dedos estrujando mi piel crispó mi interior; quise mirarlo, decirle algo, pero toda acción se paró en mis músculos.

Hubo un silencio grave en todo el café; en el reloj, los segundos se detuvieron un momento.

En la primera oportunidad que tuve, puse las dos manos sobre la mesa, clavando mis ojos en Jeanne, para así no tener que enfrentarme a solas con el rostro de José Antonio. No quería divulgar mi desconcierto. La francesa y el cubano, al fin, habían encontrado algo en común... Hablaban de Europa, o Dios sabe de qué. Yo oía sus voces, sin llegar a comprender lo que decían; sentía un hormigueo extraño dentro del cuerpo, y los ojos de José Antonio me quemaban la nuca. Lentamente me sumergí en un torbellino de círculos rojos que daban vueltas a mi alrededor hasta marearme. Hice un vago esfuerzo para fingir completa serenidad, pero Jeanne me hizo señas para que no hablara. Ella sospechó que algo sucedía y desde ese momento tomó las riendas de la conversación. Los otros tres nos limitamos a hacer sonidos que denotaban afirmación y negación, de acuerdo con el respectivo movimiento de cabeza y la expresión facial que hacíamos.

Bebimos café y oímos poemas extraños de esos hombres barbudos que entre ellos se llaman poetas y que quieren convencernos a la fuerza de que se han liberado con sólo decir palabras inmundas e invadir nuestras vidas de ácidas pequeñeces.

Por fin, cansados de escuchar necedades, Antonio propuso que fuéramos a un ambiente más agradable y "menos artificial". ¡Menos artificial! Eso

era casi imposible en el "Village". Terminamos decidiéndonos por "El Chico". Esta era una *boite* pequeña, decorada con panderetas, castañuelas y carteles de turismo de Acapulco, Madrid o Caracas. La orquesta era la tentación de todos los que les gusta moverse. Además, se servían platos típicos de España o Méjico. Elegimos una mesa cerca de la pista y, a los pocos minutos, el ritmo movido de un *cha-cha-chá* destornilló las rodillas del cubanito. Me invitó a bailar, temeroso quizá de que la francesa le arruinara su baile no sabiendo moverse con la música antillana. El, como era de esperarse, bailaba como un profesional, y yo gocé a mis anchas, como hacía tiempo no lo había hecho, porque Enrique Alberto, aunque bailaba bien, su personalidad exigía de él más ceremonia hasta en casos como éstos.

Cuando llegó la hora del bolero y tuvimos por fuerza que conversar, hablamos de La Habana, lo que le dio tema para extenderse con lujo de detalles en las descripciones de las atrocidades que se estaban cometiendo en su país. Dichosamente, él se deleitaba escuchando su propia voz.

Miré a Antonio; sentía miedo a abandonarme a la fiereza de este hombre que hacía unos segundos —al adueñarse de mis dedos— se había apoderado de mis sensaciones. Bien sabía yo que me invitaría a bailar tan pronto como me acercara a la mesa. Efectivamente, así fue. Vi alejarse la figura esbelta de mi amiga y la del cubano. En ese momento hubiera querido que la noche acabara; estar con Ales-

sa y Enrique Alberto y no tener que pensar en nada. José Antonio me ofreció su brazo y, apoyándose pesadamente sobre él, me dejé arrastrar hacia la pista. Después de un breve silencio, él empezó a hablar; su voz era honda.

—Sobrina querida, parece que no te diviertes. Me estás evitando desde que salimos de casa.

—Ha dado sus razones, tío querido.

Y eso de querido aquí y de querido allá me puso aún más nerviosa.

—¿Porque te apreté las manos? ¡No seas niña! Yo también era casi un niño...

Me dí cuenta que hablaba para sí. No pudo continuar la frase y yo me sentí agobiada. El cuerpo me comenzó a doler y no tuve fuerzas para luchar. Me tenía fuertemente estrechada contra él, tanto, que podía sentir en mi oído derecho su respiración agitada.

Bailamos en silencio, y cuando se terminó la pieza me dirigí hacia Jeanne y su acompañante, quienes nos esperaban al borde de la escalera ya con el abrigo puesto.

Cuando regresamos a casa, Carmen dormía. Me desvestí rápidamente y me metí en la cama, sintiendo mucho frío. Aquella noche se me hizo interminable y me fue imposible conciliar el sueño hasta muy entrada la madrugada.

